

zasen el poder, aun en forma de coalición, pero no está claro que en posesión del poder decidiesen realmente cambiar el sistema. Con arreglo a su posición de centro, entre el capital y los sindicatos, pretenden que se bloqueen simultáneamente precios y salarios a partir de un salario mínimo más elevado que la media actual de remuneraciones. La forma de bloqueo de salarios se haría mediante un sistema de impuestos especiales sobre los «factores de inflación»: aquellas empresas que desearan elevar los salarios a sus empleados sufrirían unos impuestos, y los sufrirían también los asalariados que se beneficiasen de ello, por un aumento progresivo en sus cuotas de seguridad social. Con respecto al Mercado Común Europeo, el partido liberal es tradicionalmente entusiasta. Pero también quiere reformas de estructuras: Europa debería estar organizada en torno a un Parlamento soberano, que se formaría por elección directa.

Si el partido laborista es ya enemigo declarado de la coalición, el conservador es más prudente en sus declaraciones actuales, y el liberal está dividido. Los miembros jóvenes no la desean con ninguno de los partidos, pero menos con el conservador; la dirección del partido la considera posible con cualquiera de ellos,

y en caso de ser necesario, con los dos, para formar un Gobierno tripartito. «Puede haber en este país cuatro millones de obreros parados, un colapso de la moneda, una bancarrota, y nosotros no podemos negarnos a sumar nuestro esfuerzo para salvar a la nación alegando que somos demasado puros». Un Gobierno tripartito hubo de formarse en la guerra mundial, y ésa fue la última vez que los liberales subieron al poder, entre dos largos períodos de orfandad. Prácticamente, la coalición es la única forma de que vuelvan a tener acceso a algún o algunos Ministerios y colocar algunos de sus principios políticos en un Gobierno.

No parece que el proyecto de coalición vaya a fraguarse antes de las elecciones. Pero en el caso de que los laboristas no consiguieran la mayoría, podría dar lugar a este matrimonio conservador-liberal, y más adelante, a un Gobierno tripartito.

Lo peor de todo es que ninguna de estas fórmulas puede garantizar a la Gran Bretaña actual una mejora ostensible de una situación que está comparando con Italia, como las dos naciones con mayores dificultades de Europa, pero que muchos europeos calculan que es el futuro que espera a todos los países del Occidente europeo en un plazo breve de tiempo. ■



Heath no ha perdonado a los sindicatos su derrota electoral de marzo. La estrategia de los conservadores consiste en confiar en la gran industria y apoyarse en la clase media.

Los CoNteM poRa nEoS

EL ODI A LA LIBERTAD

Así, la libertad no es más que un fantasma. Lo dice Buñuel en el título de la película que acaba de estrenar en París: "El fantasma de la libertad". ¿Quién va a saberlo mejor que él, que lleva gran parte de su vida huyendo de la no-libertad que le persigue? ¿Quién podría saberlo mejor que un español tradicional? Porque el film de Buñuel,

si es como lo cuentan quienes lo han visto, y a quienes leo, está en una curiosa tradición española: la del sueño del mundo al revés. Ejemplo: una grata y elegante reunión burguesa. Todos se sientan en círculo sobre tazas de retrete en las que depositan sus deyecciones mientras amablemente conversan. Pero uno de los invitados siente una necesidad ineludible: discretamente se levanta, pregunta al servicio y se encierra en un retrete: allí, a solas, aislado, come una succulenta comida.

Para los franceses es un asombroso descubrimiento. Lo enlazan con la tradición surrealista. Para los españoles que quizá lleguen a ver la película o sus restos, es algo bastante natural. Un país que desde tiempos inmemoriales canta como un pequeño himno de excursión dominguera "por el mar corren las liebres/por el monte las sardinas", tiene poco que sorprenderse del "sketch" en que la sentencia de muerte del terrible asesino (otro ejemplo) sea ponerle en libertad, dejarle de lleno en la vida. Creo —y no me fio de mi recuerdo— que es la monumental iglesia de Pastrana, en el anillo de la cúpula, donde se lee la frase "vida es muerte es vida es muerte es..." en un círculo cerrado, de modo que la frase no tiene principio ni fin, y no se distingue sujeto de predicado.

El mundo al revés... No hace muchos años que se vendían las aleluyas del mundo al revés, a perra chica; unos prodigiosos grabados en madera. Quizá todavía circulen por las ferias de los pueblos. Y Quevedo nos enseñó la vida al revés en sus utopías: "La hora de todos" o "Los sueños". Una utopía por la cual llegaba, al final, la justicia. ¡El alguacil alguacilado! ¡Oh, viejo sueño español!

¿De qué manera se nos ha organizado a los españoles la vida, siglo tras siglo, época tras época, para que nuestras utopías supongan la inversión simétrica de todo lo existente? Cuando en otros países sueñan utopías, los sueñan racionales y armónicas, equilibradas, justas, racionales. Moro o Campanella veían una realidad corregida,

un mundo al derecho que no era otra cosa que el mundo definido, pero sin adular. Buñuel o Quevedo, los anónimos de "por el mar corren las liebres" o de las aleluyas del mundo al revés, los españoles, nos gozamos con imaginar la subversión total de los valores conocidos. El burro montando al jinete, el juez flagelado por los galeotes. El alguacil alguacilado. Goya era otra cosa; Goya creía tanto en el mundo al revés, que lo que pintaba en los Caprichos o en los Disparates —nombres con truco, nombres para defenderse—, era el mundo real, el mundo fernandoseptimino, tal como lo veía el diario. El monstruoso mundo al revés era el mundo de cada día.

Goya abre la película de Buñuel. Se abre la película como una reproducción de los "Fusilamientos del 3 de mayo en la Moncloa" —el cuadro más alucinante de toda la pintura española— y se oyen los gritos de los patriotas al morir. Esos gritos dicen: "Abajo la libertad". El racionalismo francés explica la escena (el crítico Jean de Barancelli) diciendo qué significa que los suplicados prefieren al falso liberalismo de Napoleón el despotismo de su monarca. No creo en esa explicación. Los españoles sabemos mucho más. Los españoles sabemos cuándo se puede odiar a la libertad, cómo se la puede detestar por no existir, por no ser más que un fantasma perseguido durante siglos, por llevarnos a morir por ella mientras ella se niega siempre a comparecer. Los españoles sabemos tanto que se puede odiar profundamente a quien se ama, porque no existe en la forma en que se ama, que hemos hecho de ello un tópico de poesía fácil y canción sentimental. ■

POZUELO